

SEGUNDO PREMIO

MICRORRELATO “ARRUGANDO SÁBANAS DORADAS”

Autora: LAURA ANDREA ESTRAGÓ FRANCO



Arrugando sábanas doradas

Emilia salió de la ducha, y se detuvo frente al espejo. Le gustaba mirarse desnuda. Observó su imagen de piel gastada, con algunas arrugas, la deformidad de las manos y rodillas que acusaban la presencia de artrosis, una cicatriz que surcaba su pecho izquierdo y pensó que sus tetas seguían siendo muy hermosas. Con 64 años aún se sentía hembra.

Así desnuda, se dirigió a la amplia terraza privada de su habitación. Puso 3 gotas de aceite de cannabis bajo la lengua. Acomodó los almohadones para que sus articulaciones reposen cómodas y lentamente se recostó en el camastro entre ellos. Cerró los ojos, pronto confundió la calidez del sol con la calentura de sus manos recorriéndose toda. Se dio tiempo de autoplacer. Los gemidos y la humedad entre sus piernas aparecieron cuando los dedos llegaron a su clítoris erecto. A veces fantaseaba que era Zara quien la estaba follando -su amiga, su amante, su mujer hasta hace dos años cuando murió repentinamente -. A veces la extrañaba.

Esteban, su vecino del cohousing, la espiaba desde la ventana de enfrente. Hombre simpático y seductor de 78 años. Tragó la pastilla azul con un sorbo de agua, le encantaba darse cuenta como esa mujer lo volvía loco. Cada sábado que caía en fecha impar tenían una cita a las 4 de la tarde. Eran sus sábados eróticos.

Cuando llegó la hora, atravesó los pasillos que separaban sus cuartos. Abrió la puerta que estaba sin llave, Emilia al volverse hacia él sintió un cosquilleo recorriéndola desde los pies a la cabeza. Amaba y deseaba salvajemente a ese hombre.

Esteban sabía que la excitaba verlo cuando se desprendía los botones de la camisa. Fue acercándose lascivo, caliente, hasta pararse totalmente desnudo frente a ella.

Se miraron lujuriosos y se fundieron en un encuentro largo de manos, lenguas y saliva.

No dejaron espacios vacíos. Se apretaron, se lamieron, se chuparon. Mientras la piel se erizaba, mezclaron sus sudores. Esteban le calentó las orejas con aliento, con palabras guarras, su boca bajó hasta las fuentes, ahí deteniendo al tiempo la bebió con ganas. Emilia jadeaba, vibraba, se mojaba. Su juego impúdico de lubricantes y toqueteos sin límites hizo que notara la dura presencia de su hombre. Lo recibió con un suave vaivén de caderas. La sangre hervía y la mente volaba. Esteban la penetraba lento, profundo, intenso. A veces un poco cansado se detenía, tomaba aire, la besaba. Movimiento. Quietud. Éxtasis. Ternura. Miradas largas... hasta que se acomodaron lado a lado, callados, Emilia acariciándole los vellos del pecho, Esteban recorriéndole la espalda. Cuando de repente entre risas explosivas, susurraron cómplices que en su edad dorada, mientras sus amigos de la casa los sábados jugaban al truco, ellos arrugaban las sábanas.